

GAUCHO Y BANDEIRANTE: MITO LITERARIO VS. PERSONAJE HISTÓRICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS ESTADOS ARGENTINO Y BRASILEÑO

Daniel Arrieta

Universidad Ritsumeikan

arrieta@fc.ritsumei.ac.jp

Resumen

Los bandeirantes paulistas surgen en Brasil en dos grandes ciclos: el de la captura de esclavos indios, en los siglos XVI y XVII; y el ciclo del oro, a finales del XVII y durante el XVIII. En el caso de los gauchos argentinos, su existencia está relacionada con las estancias de ganado en las Pampas y la frontera con los indios en los siglos XVIII y XIX.

Gran parte de las obras literarias sobre dichos personajes históricos se ha escrito con posterioridad a la extinción de tales modos de vida, pero han creado sendos mitos literarios relacionados con la creación y el establecimiento de fronteras del estado moderno. Ello ha sido reforzado por la necesidad de una identidad nacional diferente de sus ancestros europeos de la metrópoli al tiempo que se rechazaba u omitía la importancia del indígena y el negro en la economía de frontera.

La visión épica y la supuesta democratización de los elementos componentes de las *bandeiras* así como el enfoque, ya romántico, ya eurocentrista en la caracterización del gaucho argentino en la literatura dan una visión demasiado simplista cuando no folclórica de la realidad de las empresas de exploración paulistas y el papel del gaucho en las zonas de frontera.

Este trabajo se propone, rastreando obras clave de la historiografía y de las literaturas argentina y brasileña, mostrar las similitudes y diferencias entre ambos procesos de mitificación literarios, así como el contexto histórico en el que se producen.

Palabras clave

gaucho, bandeirante, mito literario, misiones jesuitas, frontera

Introducción

La colonización ibérica –hispano-portuguesa– de América fue distinta de la de los anglosajones en la medida en que éstos últimos, negadores del libre arbitrio y con una fuerte ética del trabajo, buscaron crear sus propias sociedades en aquellas nuevas tierras partiendo de la nada, *tabula rasa*. Los españoles y portugueses, sin tanto orgullo de raza –en el caso de los portugueses ya había muchos mestizos de negros en el Portugal del siglo XVI–, al menos en un primer momento histórico buscaban el enriquecimiento rápido y la gloria personal. Como expresa Sergio Buarque de Holanda, “existe una ética del trabajo del mismo modo que existe una ética de la aventura”¹ (44), y la de los ibéricos era del segundo tipo. Pero entre españoles y portugueses también existieron diferencias en

1 Mi traducción de portugués “existe uma ética do trabalho, como existe uma ética da aventura”.

el modelo de conquista y colonización, las cuáles conllevaron la extensión del modelo de conquista en el caso brasileño hasta bien entrado el siglo XVIII. Los españoles encontraron dos grandes imperios, aprovecharon sus infraestructuras, y donde no las había, las crearon a imagen y semejanza de las españolas: ciudades, plaza mayor con iglesia, cabildo y juzgados, leyes y burocracia que impusieron a los indios. En el caso portugués, “es más una explotación industrial que una colonización”² (Buarque de Holanda 107): no buscan tanto la creación de infraestructuras políticas y sociales como una simple explotación comercial, especialmente en el litoral; en el caso hispano, se establecen capitales alejadas de la costa, a cierta altitud.

En este contexto histórico surgen los bandeirantes paulistas del siglo XVI. El objetivo fundamental de éstos será conseguir esclavos indios como mano de obra para las ciudades, y en el XVII los robarán directamente de las misiones jesuíticas. Posteriormente, dichos bandeirantes también se enfocarán en la búsqueda de metales preciosos, sobre todo a partir del descubrimiento de oro en Minas Gerais en 1693, y ocasionalmente en combatir indios hostiles o quilombos de negros fugitivos.

El gaucho es una figura que surge en la Pampa argentina de la frontera con los indios en el siglo XVIII y se mantiene durante el XIX entre las guerras de independencia y contra los indios, en una especie de vida nómada llevando y cazando ganado semi-salvaje hasta que la introducción de la oveja, el cercado y la agricultura hace inevitable su desaparición, o al menos su transformación en peón agrícola. Como bien dice Slatta:

“Para 1880, el ganado ovino ya había desplazado al vacuno de gran parte de los pastos alrededor de Buenos Aires. Los gauchos participaron en ese ciclo de la oveja, esquilando, marcando, castrando y agrupando el ganado a caballo. Pero el gaucho de la vieja Pampa de ganado salvaje que éste podía matar sólo por su cuero y su grasa, ya había desaparecido hacía tiempo”³ (141).

Bandeirantes paulistas y la formación del estado brasileño

En primer lugar, debemos distinguir entre malocas, entradas y *bandeiras*: las primeras eran ataques en tierras de indios de forma no muy organizada con el objetivo de esclavizarlos o castigarlos; las entradas eran acciones patrocinadas por la Corona portuguesa con los mismos objetivos, y su organización y estructura tenía un cariz más militar. Y en el caso de las *bandeiras*, su diferencia con las entradas es que se trataba de empresas privadas de captura de esclavos indios y/o prospección de metales preciosos que, aunque no directamente promocionadas por el poder público, sí estaban aceptadas de forma más o menos oficial. Una *bandeira* típica estaba formada por blancos, caboclos –indios asimilados con cierto grado de mestizaje–, indios guerreros, y esclavos indios o negros. Según Joaquim Ribero, la *bandeira* constituía una organización cuasi militar con opresor y oprimido en la que el clan patriarcal de los europeos se mezclaba con el caciquismo de los indios (30).

2 Mi traducción de portugués “é mais feitorização que colonização”.

3 Mi traducción del inglés “By the 1880, sheep had effectively displaced cattle from much of the improved pasturage near Buenos Aires. Gauchos participated in the sheep cycle, shearing, marking, castrating and herding on horseback. But the old Pampa gaucho of wild creole cattle slain for hides and tallow alone had long passed away”.

Ello choca con el mito de la primera sociedad democrática en el Nuevo Mundo evocada por algunos autores, o incluso con su descripción como primer caso de fascismo, entendido éste como “comando seguro y solidaridad fraternal de individuos obedientes a la firme unidad de mando”⁴, como expresa Souza (160), citando a Cassiano Ricardo.

En un ámbito más folclórico, el elemento religioso mestizo de la *bandeira* mezclaría la demonología nativa -Capora, Curupira, Anhangag- con el sebastianismo portugués (Ribeiro 41), constituyendo el antecedente de las futuras huestes sertanejas del visionario Antonio Conselheiro en la Guerra de Canudos. Euclides da Cunha, hablando sobre el sertanejo del nordeste brasileño expresa: “su religión es como él, mestiza”⁵ (Cunha 63). La lengua de las *bandeiras* será el tupí-guaraní, lo que permitirá la comunicación fluida entre los distintos componentes de la misma, y reforzará el argumento de la importancia del elemento indio y mestizo en ella. De hecho, hasta el siglo XVIII dicha lengua estaba generalizada en tierras paulistas, y el portugués se aprendía principalmente en la escuela.

Ya fuera en las *bandeiras* de captura de indios –como las de Manuel Preto o las de Antonio Raposo Tavares- ya fuera en las de búsqueda de oro, plata y esmeraldas –Fernão Dias Pais, Bartolomeu Bueno da Silva, etc.- los ejércitos bandeirantes viajaban en ocasiones durante años vagando por la agreste región del *Sertão* brasileño o incluso el Matto Grosso. En su continuo ir y venir, las porosas y flexibles fronteras del Tratado de Tordesillas irían variando a favor de Portugal frente a España. El mito de la isla Brasil vendría a ser falso, pero para entonces Portugal ya se habría asegurado muchos de aquellos territorios.

Desde finales del siglo XVI hasta la expulsión de los jesuitas de España y América en 1767, las misiones jesuíticas guaraníes, mediante el sistema de la *reducción*, establecieron “pueblos de indios” en una zona en el actual territorio de Paraguay, Argentina y Brasil, que en la práctica servía de frontera entre España y Portugal. Los bandeirantes, en su labor de suministradores de mano de obra esclava para la industria del palo Brasil en la costa de Río de Janeiro, aprovecharon tal concentración de indios ya “educados” como objetivo de sus *bandeiras*, constituyéndose en los grandes enemigos de los jesuitas, quienes a su vez, consiguieron de la Corona española en 1639, la potestad de armar a los indios para defender las misiones. Una visión positiva del pillaje bandeirante frente a las misiones jesuitas es mostrada por Jaime Cortesão en su *Introdução à História das Bandeiras* cuando habla del bandeirante paulista: “disciplina militar, adaptación al medio físico, rapidez, frugalidad, poder de sacrificio e infatigable tenacidad, del que le hicieran sus mayores enemigos, los jesuitas españoles del Paraguay”⁶ (Cortesão, II 198). Por su lado, Portugal, incluso en la época de la unión con España, veía con buenos ojos las incursiones paulistas en territorios españoles: por un lado, rompe las fronteras fijadas por los jesuitas para España; y por otro lado, consigue una mano de obra esclava necesaria para su desarrollo industrial-comercial. También Cortesão comenta la conexión entre *bandeira* y poder público: “La *bandeira* fue una maloca

4 Mi traducción del portugués “comando seguro e fraterna solidariedade dos individuos obedientes à firme unidade comando”.

5 Mi traducción del portugués “a sua religião é como ele, mestiça”.

6 Mi traducción del portugués “disciplina militar, adaptação ao meio físico, rapidez, frugalidade, poder de sacrificio e tenacidade infatigável do que o fizeram os seus maiores inimigos, os jesuitas espanhóis do Paraguay”.

organizada y dirigida, nomadismo político en busca de las bases sedentarias del estado”⁷ (Cortesão, I 102). A la larga, los acuerdos entre España y Portugal en el Tratado de Madrid de 1750, y el miedo español a un “imperio jesuítico” tras las guerras guaranícas, terminaron provocando la expulsión de los religiosos en 1767. Dos años más tarde, en 1769, el poeta brasileño y ex-novicio jesuita Basilio da Gama escribe su poema épico *O Uraguai*, que trata de dicha guerra de los portugueses y los españoles contra los indios sublevados de Sete Povos das Missões, territorio español, que habría de pasar a manos de Portugal. Da Gama culpa a los jesuitas de los males de los indios, y de codicia y ambición desmesurada, al intentan usurpar un imperio que no les pertenece: “Aquí no tenemos. Los padres hacían creer a los indios que los / portugueses eran gente sin ley, que adoraban al oro. / Ríos de arena de oro. Esa riqueza / Que cubre los templos de los benditos padres, / Fruto de su negocio y del comercio / Da hojas y pieles, es mucha su riqueza”⁸ (Gama 42); pero no critica las acciones bandeirantes y militares contra las misiones, que convertirían a indios libres súbditos del imperio español en esclavos para vender en la América portuguesa.

El bandeirante paulista, por tanto, contenía las dos facetas anteriormente mencionadas: la de esclavista-asesino de indios, y la de conquistador de nuevas tierras para una Corona que acabaría constituyendo en 1822 el nuevo estado brasileño. Pero la captura de indios no fue su única ocupación sino que desde mediados del siglo XVII hasta finales del XVIII surge el llamado “ciclo del oro”. Para Ribeiro, “es el ciclo del oro, el gran ciclo del oro, el que constituye en realidad el verdadero ciclo del bandeirante, ya estructurado como tipo social”⁹ (25). En 1693, se descubren importantes yacimientos de oro en las montañas de Sabarabuçu, en Minas Gerais, y en 1698 Antônio Dias de Oliveira descubre Ouro Preto. Esto genera una gran emigración hacia la zona y las actividades de las *bandeiras* se orientan más a la búsqueda delpreciado metal. Ocasionalmente habrían de combatir indios hostiles de las áreas donde preveían encontrar oro o metales preciosos, pero además, al requerir mano de obra esclava para las minas, las capturas de esclavos —más la importación de negros africanos— continuaron. También en este momento, el rudo, iletrado y mestizo bandeirante —así considerado por las élites blancas de Río de Janeiro— volvería a ser clave para la Corona portuguesa, proporcionando riquezas a la metrópoli y cierto desarrollo a la colonia. Con el descubrimiento masivo de oro, comenzó realmente la colonización del interior brasileño, aunque el aventurero y conquistador bandeirante se resistía a hacerse sedentario. Pero las actividades mineras a gran escala requerían también actividad agrícola: “Ese rechazo del sertanista a la vida agrícola era tan evidente que, a veces, la propia autoridad civil se veía en la obligación de obligar al plantío para alimentar a los mineros”¹⁰ (Ribeiro 149).

Este ciclo del oro bandeirante —y de la plata y de las piedras preciosas—, más tardío en el tiempo y duradero, generó más literatura que el anterior. Como explica Carvalho Franco, “la búsqueda de

7 Mi traducción del portugués “A bandeira foi uma maloca organizada e dirigida, nomadismo político à busca das bases sedentárias do Estado”.

8 Mi traducción del portugués “Aqui não temos. Os padres faziam crer aos índios que os / portugueses eram gente sem lei, que adoravam o ouro. / Rios de areias de ouro. Essa riqueza / Que cobre os templos dos benditos padres, / Fruto da sua indústria e do comércio / Da folha e peles, é riqueza sua”

9 Mi traducción del portugués “é o ciclo do ouro, o grande ciclo do ouro, que constitui na verdade, o verdadeiro ciclo do bandeirante, já estruturado como tipo social”

10 Mi traducción del portugués “Esse repudio do sertanista à vida agrícola era tão evidente que, por vêces, a propria autoridade civil se via na contingência de obrigar o plantio para alimentar aos mineiros”

esmeraldas fue la iniciativa que más duró en la historia bandeirante”¹¹ (179). Olavo Bilac, en su *O caçador de esmeraldas*, de 1888, relata en forma de poema épico la muerte del bandeirante Fernão Dias Pais en su última *bandeira*, desde 1674, que duraría 7 años. Bilac muestra la acción bandeirante como algo fascinante e inevitable dirigiendo el canto a la naturaleza mediante una prosopopeya: “De agua devastadora, - los blancos avanzaban: / Y tus hijos de bronce ante ellos reculaban / Como la sombra recula ante la invasión del sol.”¹² (Bilac 40). Y los caracteriza una vez más como esforzados merecedores de riquezas: “Qué importa el desamparo en medio del desierto, / Y esa vida sin hogar, ese vagar incierto / De terror en terror, luchando mano a mano / Con la inclemencia del cielo y la dureza de la suerte? / ¡Sierra bruta! Has de darles, antes de darles muerte / Las piedras de Cortés, que escondes en tu regazo!”¹³ (45). Pero el poema también incluye cierta ambigüedad sobre las acciones del héroe y su inevitable fin: “Ah! ¡Miserio demente! ¡Tu tesoro es falso! / ¡Tú caminaste en vano durante siete años, bajo el encanto de una nube falaz, de un sueño desdichado! / ¡Te engañó la ambición! Más pobre que un mendigo, / Agonizas, sin luz, sin amor, sin amigo”¹⁴ (50). Es como si su vida personal hubiera sucumbido a la invitación a las riquezas y la gloria. Aunque finalmente, su muerte es signo de vida, como símbolo de que la tragedia de su fracaso individual y su muerte ha de servir a la posteridad: “¡Muere! Tú vivirás en los caminos que abriste / Tu nombre provocará un largo lloro triste / Del agua de Guaicuí... ¡Muere, Conquistador!”¹⁵ (53). Y claramente explica los méritos y el patriotismo del bandeirante cuando concluye: “Violador de sertones, plantador de ciudades, / ¡Dentro del corazón de la patria vivirás!”¹⁶ (54). Olavo Bilac representa una corriente de idealización muy común de los bandeirantes como conquistadores valientes, duros y sufridos que descubren nuevos territorios para la futura formación del país. Se les presume patriotismo y abnegación, aunque también se les reconoce un exceso de ambición personal. A la hora de justificar la captura y exterminio de los indios, se reconoce como un mal menor necesario para la consolidación del estado brasileño.

El gaucho y la frontera en la formación del estado argentino

Para Susan Migden Socolow, el gaucho argentino representa tanto la “figura por excelencia de la frontera”¹⁷ como una “figura mítica”¹⁸ (Guy; Sheridan 67). En esta rápida definición quedan resumidas las dos principales características que lo definen. El gaucho surge en un lugar de frontera, lejos de las ciudades, donde se suceden intercambios o luchas con indios. Desde el siglo XVII,

11 Mi traducción del portugués “a busca das esmeraldas foi a iniciativa que mais perduro na história bandeirante”

12 Mi traducción del portugués “De agua devastadora, - os brancos avançavam: / E os teus fillos de bronce ante eles recuavam / Como a sombra recua ante a invasão do sol.”

13 Mi traducción del portugués “Que importa o desamparo em meio do deserto, / E essa vida sem lar, e esse vagar incerto / De terror em terror, lutando braço a braço / Com a inclemência do céu e a dureza da sorte? / Serra bruta! Dar-lhe-ás, antes de dar-lhe a morte, / As pedras de Cortez, que escondes no regaço!”

14 Mi traducción del portugués “Ah! misero demente! O teu tesoro é falso! / Tú caminaste em vão por sete anos, no encalço de uma nuvem falaz, de um sonho malfazejo! / Enganou-te a ambição! Mais pobre que um mendigo, / Agonizas, sem luz, sem amor, sem amigo”.

15 Mi traducción del portugués “Morre! Tu viverás nas estradas que abriste! / Teu nome rolara no longo choro triste / Da agua do Guaicuí...Morre, Conquistador!”.

16 Mi traducción del portugués “Violador de sertões, plantador de cidades, / Dentro do coração da Patria viverás!”.

17 Mi traducción del inglés “quintessential frontier figure”.

18 Mi traducción del inglés “mythical figure”.

“gauderíos” o mozos criollos de la tierra sin asentamiento fijo, se ganan la vida llevando ganado de las pampas a las ciudades. La palabra “gaucho” parece provenir del quechua “guacho” –muchacho huérfano, abandonado, errante- o del vocablo árabe “chaucho” –conductor de ganados- junto con la comentada “gauderío”. Es desde la segunda mitad el siglo XVIII cuando surge la figura del gaucho en su esplendor y va a aparejada a la cantidad de reses de vacuno semisalvaje de las pampas y a un concepto de tierra sin dueño que habrá de perdurar hasta bien entrado el siglo XIX. Estos seminómadas a caballo, criollos o mestizos de blanco e indio –y en cierta medida también de negro-, mezclarán las supersticiones españolas con las indígenas (Scarone 35), y se adaptarán al medio incorporando costumbres de ambas culturas. En general trabajarán sin contrato o jefe fijo básicamente transportando ganado, herrando, en la doma, etc. En muchas ocasiones los gauchos se instalaban en zona de indios, más allá de la frontera militar, y negociaban o guerreaban contra ellos. Las guerras de independencia, las guerras contra los indios y las guerras civiles en la Argentina del siglo XIX afectaron drásticamente a los gauchos, que eran reclutados a la fuerza en base de las promulgadas “leyes de vagos” desde 1815 y sobre todo desde el presidente Rivadavia en 1822, entonces Ministro de Gobierno. Muchos rehuían el ejército y escapaban a provincias lejanas o a tierras de indios. Pero muchos otros acabaron integrando las montoneras, que ejerciendo guerra de guerrillas, tuvieron tanta importancia en la independencia argentina de España. Es por este motivo, añadido a la imagen y símbolo de libertad que evocan, por lo que el gaucho, según Socolow, acabará convirtiéndose también en una figura mítica.

El estilo de vida del gaucho, ya en pleno siglo XIX, con su nomadismo, su vida agreste, su aversión a las órdenes y a la autoridad, sus payadas, sus pulperías y su supuesta agresividad, suponía, para algunos, un obstáculo a la formación de un estado moderno argentino basado en el orden, a imagen y semejanza de los países europeos. Domingo Faustino Sarmiento representa esa corriente que demoniza al gaucho desde la literatura. En su *Facundo. Civilización y Barbarie*, de 1845, parte relato periodístico, parte biografía y parte panfleto político, nos presenta a los cuatro tipos de gaucho: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el cantor. La inicial y ambigua admiración por las dotes de este “hijo de la tierra”, al que compara despectivamente con los tártaros, los bárbaros, con el trovador medieval o con el guerrero árabe, concluye con la idea de que “el gaucho será un malhechor o un caudillo según el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado a hacerse notable” (Scarone 53). De hecho, los protagonistas de su libro son Facundo Quiroga, caudillo gaucho riojano, y Juan Manuel de Rosas, estanciero federalista que se convertiría en gobernador de Buenos Aires. Sarmiento no conoce las pampas ni a los gauchos de los que habla, pero los describe de forma hiperbólica a través de documentos u otros textos literarios: a la hora de describir al gaucho tiene influencias de su admirado James Fenimore Cooper cuando éste describe al *cowboy* del norte. Pero aún así, “la imagen del *cowboy* y la del gaucho evolucionan de forma muy diferente. Mientras que en Estados Unidos el *cowboy* era un héroe en una frontera idealizada...en Argentina originalmente se consideraba al gaucho como una amenaza política al desarrollo de la nación”¹⁹ (Guy; Sheridan 4). Sarmiento promulgaba la importación de cultura y maneras europeas,

19 Mi traducción del inglés “the image of the cowboy and the gaucho evolved in profoundly different ways. Whereas in the United States the cowboy was a hero on a romanticized frontier...in Argentina, the gaucho was originally seen as a political threat to national development”

mientras que los gauchos y sus caudillos como Rosas y Facundo, recelaban de dichas influencias liberales extranjeras. Para Sarmiento, un estado centralizado y fuerte, unitario, con leyes muy definidas, era necesario para el desarrollo del país. Y los gauchos, federalistas e independientes, chocaban con su sistema. Incluso en el caso de su participación en las guerras de independencia, Sarmiento minimiza o brutaliza sus acciones:

“La montonera, tal como apareció en los primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya ese carácter de ferocidad brutal, y ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires, estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a la sociedad culta, y presentarlo en nombre de la América avergonzada, a la contemplación de la Europa” (Sarmiento 111).

Para Sarmiento, los gauchos, el federalismo, y Rosas, significan la barbarie americana y del indio, mientras que Europa transmite la civilización. De ahí, su énfasis en la inmigración europea a tierras argentinas, ya que según él “las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aún por medio de la compulsión, para dedicarse aun trabajo duro y seguido. De esto surgió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido” (Sarmiento 64). Por todo ello, Sarmiento culpa del salvajismo y la indolencia del gaucho a su mezcla racial:

“la fusión de estas tres familias (blanca, india, negra) ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización” (Sarmiento 63-64).

La ciudad, para Sarmiento, representa la civilización; los gauchos y el campo, la barbarie: “el siglo XIX y el XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas” (Sarmiento 91).

Con los antecedentes de la poesía gauchesca de Hidalgo, Ascasubi y Estanislao del Campo, José Hernández crea con su *Martín Fierro* en 1872 la contrapartida al Facundo sarmientino. Ahora el gaucho ya no es el bárbaro invocado por Sarmiento sino un pobre hombre del que se aprovechan militares y jueces. Es una figura de un mundo cambiante que poco a poco va perdiendo su razón de ser. Ya en el comienzo el gaucho Martín Fierro relata su vida, reclutado a la fuerza para guerrear a los indios en la frontera, engañado y sin paga: “Tuve en mi pago en un tiempo / hijos, hacienda y mujer; / pero empecé a padecer, / me echaron a la frontera, / ¡y qué iba a hallar al volver! / Tan sólo hallé la tapera” (Hernández 122). Cuando escapa y vuelve a su casa nada encuentra y “¡Yo juré en esa ocasión / ser más malo que una fiera!” (Hernández 146). Es como si el autor, gaucho en su juventud él mismo, justificara las posteriores acciones de Martín al matar al negro y al otro gaucho por haber sido convertido a la fuerza en fugitivo y despojado de lo poco que tenía. El gaucho Martín Fierro, en un alarde de sincera ambigüedad de su autor, es racista, tanto en cuanto a los indios, considerados como salvajes, como a los negros—“A los blancos hizo Dios; / a los mulatos, San Pedro; / y a los negros hizo el diablo / para tizón del infierno” (140)- y muestra sin ambages su rechazo al extranjero: “Era un gringo tan bozal / que nada se le entendía. / ¡Quién sabe de ande

saría!” (141). En realidad 5 millones y medio de extranjeros llegaron a Argentina entre 1857 y 1924, especialmente italianos, como el “gringo” del Martín Fierro. De hecho, la xenofobia de los gauchos hacia los extranjeros, y la percepción por aquéllos de que estaban ocupando su lugar llegó a provocar en la realidad masacres de vascos e italianos como la del año 1872 (Slatta 163). Pero también hay solidaridad gaucha en el poema: el sargento Cruz, un gaucho huido metido a “polecía” para pagar sus faltas, se cambia de bando y ayuda a Martín Fierro cuando éste es atacado por una patrulla; y termina relatando también sus penas y la realidad del campo argentino: “Le advertiré que en mi pago / ya no va quedando un criollo; / se los ha tragado el oyo, / o juido, o muerto en la guerra” (Hernández 181). Tras la primera parte del poema –al que Borges consideraba una novela moderna por su subjetividad en primera persona– los dos amigos se internan en el desierto, en tierra de indios. La segunda parte es a base de cantos y payadas por parte de Martín y sus dos hijos y el hijo de Cruz –que relatan sus respectivas miserias–, más un negro hermano del asesinado. Al final los cuatro gauchos se despiden, simbólicamente cambian sus nombres y se separan, como mostrando el final de un mundo de gauchos y el principio del mito.

En la época en que Hernández escribe su obra maestra, el gaucho ya es especie casi en extinción, transformado en peón agrario a la fuerza. Las guerras civiles terminan, pero el cercado de las pampas, el desarrollo de la agricultura y el ganado bovino, más la llegada de ingentes cantidades de inmigrantes europeos no deja espacio para el estilo de vida gaucho: “el principal efecto social del cercado, la limitación geográfica del gaucho”²⁰ (Slatta 148). Eso sí, con esta reivindicación del sufrimiento histórico de los gauchos, su imagen en el imaginario argentino quedaría revalorizada y allanaría el camino para el surgimiento del mito.

Gaucho y bandeirante: mito histórico-literario

Tras Leopoldo Lugones y su *Guerra gaucha*, de 1905, en la que identifica al gaucho con el paradigma de la nacionalidad argentina por su intervención en las Guerras de Independencia, *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, termina de crear el mito moderno del gaucho, idealizándolo en su novela y reencarnándolo en una versión moderna del mismo: el “paisano”. En una especie de *bildungsroman*, Fabio Cáceres, un joven huérfano cuenta en primera persona cómo entra bajo la protección y aprendizaje del gaucho-paisano Don Segundo Sombra, un compendio de virtudes –serenidad, fortaleza, camaradería, sabiduría popular, desprendimiento– y sin más vicios que la búsqueda de libertad en una también idealizada naturaleza argentina. Con él, aprenderá lo que significa ser gaucho:

“Él me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras... Me volví médico de mi tropilla, bajo su vigilancia, y fui baquiano para curar el mal del vaso dando vuelta la pisada... También por él supe de la vida la resistencia y la entereza en la lucha... Y hasta en para divertirme tuve en él un maestro, pues no de otra parte me vinieron mis floreos en la guitarra y mis mudanzas en el zapateo” (Güiraldes 31).

Para cuando Ricardo Güiraldes escribe su novela, en 1926, ya no existían los gauchos, y éste

20 Mi traducción del inglés “the central social effect of fencing, the further limitation of the gauchos’ geographical mobility”.

se puede permitir el mostrarlos con una cierta idealización romántica despojándolos de sus defectos. El público lector argentino, por la lejanía histórica pero al mismo tiempo por las remembranzas de un tiempo pasado idílico que quiere hacer suyo, comienza a aceptar la figura del gaucho como lo propiamente argentino. Como expresa Slatta, “derrotado en la realidad, el gaucho todavía cabalga en una idealizada pampa de frontera como un mito ideal y un símbolo político. Sus cualidades, reales e imaginadas, representan un elemento esencial en la continua búsqueda por los argentinos de la esencia de su carácter nacional”²¹ (192). Incluso en *Don Segundo Sombra* parece existir compatibilidad entre el progreso económico y los valores gauchos cuando al final de la novela, el personaje homónimo le espeta al chico, que acaba de heredar una fortuna, “-Mirá –dijo mi padrino, apoyando sonriente mi mano en mi hombro-. Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina’e tropilla” (Güiraldes 98). De igual manera los argentinos actuales asumen su condición de gauchos –hasta el punto de escoger como mascota para su Mundial de fútbol de 1978 a “Gauchito”– dentro de la modernidad, pero eso sí, basándose en unos modelos idealizados que poco corresponden con la realidad histórica de un personaje despreciado y admirado a partes iguales en su tiempo –a la manera de Sarmiento y de José Hernández–, pero de cualquier modo incompatible con la consolidación del estado moderno. Una fascinación semejante tiene Jorge Luis Borges por la figura del gaucho, aunque al mismo tiempo hace referencia al binomio civilización-barbarie de Sarmiento. En *El Sur*, muestra a Juan Dahlman, secretario de biblioteca y producto civilizado de la ciudad pero con abuelo materno gaucho, al que en un viaje a sus estancias en el sur, el destino le hace morir como gaucho: “Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta” (Borges 527).

El caso de los bandeirantes brasileños tiene muchos paralelismos con el de los gauchos. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII el oro de Minas Gerais comienza a escasear, ya no hay tantas nuevas tierras por conquistar y el modo de vida bandeirante deja de tener sentido. Los bandeirantes acabarán asentándose en el Sertão –y convirtiéndose en sertanejos, descritos desde el naturalismo literario de Euclides da Cunha en *Os Sertões* en 1902– en la zona de Minas Gerais donde tanto pueblos fueron fundados, o en el Matto Grosso, donde la extracción de oro duró hasta principios del siglo XIX. Con los tratados de Madrid (1750) y de San Ildefonso (1777) entre España y Portugal, las fronteras entre ambos países en América quedaban bien marcadas y defendidas militarmente, por lo que el bandeirante, al igual que el gaucho un siglo más tarde, vería su libertad de acción muy limitada. Casi un siglo después de la desaparición del personaje histórico, su memoria comienza a ser reivindicada. Según Souza, la aparición del mito bandeirante tiene una relación directa con el ascenso económico y político de las élites paulistas cafeteras desde siglo XIX y la necesidad por parte de estos de buscar unas raíces más o menos legendarias:

“Al fin, surgió claramente una preocupación al mismo tiempo historiográfica e ideográfica, presente principalmente en la obra de historiadores paulistas de la primera mitad del

21 Mi traducción del inglés “vanquished in reality, the gaucho still rides a romanticized frontier pampa as an ideal myth and political symbol. His qualities, real and imagined, represent an essential ingredient in the continuous quest by Argentines to define the essence of their national character”.

siglo XX, por estudiar la formación de la población paulista a partir de la biografía de sus ilustres antepasados, encarnados en la figura del bandeirante. Se crea, así, una genealogía en la cuál el paulista contemporáneo surge como su descendiente”²² (Souza 162).

La economía de Sao Paulo se convierte en el motor económico del país desde el siglo XIX, y en busca también del poder político, comienzan una reivindicación de sus orígenes y de la importancia del bandeirante para la construcción del estado brasileño. Al igual que en el caso del gaúcho, la romantización del personaje —una vez ya extinguido— y la justificación de sus defectos y acciones más negativas —esclavismo y matanza de indios— forjan un mito que habría de servir a una función específica: reivindicar el lugar de los paulistas dentro de la civilización brasileña, lugar que, dicho sea de paso, había sido históricamente despreciado por el poder político y cultural de Río de Janeiro.

Aún así, a pesar del surgimiento del mito bandeirante, en el imaginario brasileño, al contrario que en el argentino, es el indio el que ocupa un lugar más universal como forjador de la raza y de la civilización brasileña. El motivo de esto es la creación en el siglo XIX de otro mito literario en Brasil: el del indio, una especie de *buen salvaje rousseauniano* con nobleza de carácter y valentía. De ello se encargarían los escritores del romanticismo indigenista: Gonçalves Dias, con su poema épico *I-Juca-Pirama*, de 1851; o José de Alencar, con su *O Guarani*, de 1857 —con los personajes del indio Peri y la portuguesa Cecilia, como los originarios de la raza brasileira— y con su *Iracema*, de 1865 —esta vez juntando a la india Iracema con un portugués, Martim, naciendo Moacir, el primer cearense—.

Al elevar al indio al rango de padre o madre de la raza brasileña, en ese universo romántico al bandeirante no le quedaba sino un papel subalterno, e incluso negativo, como aventurero que intenta aprovecharse de unos y de otros. Aún así, durante el siglo XX, el bandeirante es ensalzado, al menos en tierras paulistas. Oswald de Andrade, promotor de la Semana de Arte Moderna en 1922 en Sao Paulo, en su *Manifesto da Poesia Pau Brasil*, de 1924, incluye al bandeirante como algo esencial brasileño a exportar a través de la poesía no contaminada por las influencias extranjeras: “Lo bárbaro es nuestro. La rica formación étnica. Riqueza vegetal. La minería. La cocina. El vatapá, el oro y la danza. Toda la historia bandeirante y la historia comercial de Brasil”²³ (Andrade 1). En su *Manifesto Antropófago*, de 1928, con su rechazo a lo puramente europeo así como lo religioso pero su capacidad de asimilar lo extranjero (antropofagia) también parece hacer referencia al carácter paulista y bandeirante mestizo.

Con todo, a partir de los años 60 del siglo XX comienza la historiografía brasileña a sufrir un cambio de actitud hacia el mito del bandeirante, cuestionando los textos anteriores: “De cualquier forma se puede tomar la década de 1960 como divisor de aguas, así como el proceso de revisión del libro *Vida e morte do bandeirante*, de Alcântara Machado, como uno de los puntos de partida”²⁴ (Souza 153).

22 Mi traducción del portugués “Delinou-se com toda a clareza, enfim, uma preocupação ao mesmo tempo historiográfica e ideológica, presente principalmente na obra de historiadores paulistas da primeira metade do século XX, em estudar a formação da população paulista a partir da biografia de seus antepassados ilustres, encarnados na figura do bandeirante. Cria-se, assim, uma genealogia na qual o paulista contemporâneo surge como o descendente”.

23 Mi traducción del portugués “Bárbaro e nosso. A formação étnica rica. Riqueza vegetal. O minerio. A cozinha. O vatapá, o ouro e a dança. Toda a história bandeirante e a história comercial do Brasil”.

24 Mi traducción del portugués “De qualquer forma, a década de 1960 pode ser tomada como divisor de águas, assim como o processo de revisão do livro *Vida e morte do bandeirante*, de Alcântara Machado como um dos pontos de partida”.

Conclusión

Tanto el gaucha como el bandeirante argentino han tenido gran influencia en la formación de sus respectivos futuros países: aquél, en la frontera negociando con indios o luchándolos, además de las guerras de independencia contra los españoles; el bandeirante, a través del traslado de la línea de Tordesillas mediante sus *bandeiras* en busca de indios y oro y sus ataques a las misiones jesuíticas. Pero en ambos casos, el patriotismo que parecen inventar sus hagiógrafos creadores del mito, es inexistente: en el gaucha, se reduce a su rancho, al pueblo donde ha nacido o como mucho, a su región; pero ni eso, ya que, como alma nómada que es, continuamente cambia de lugar, a veces incluso a tierra de indios para huir de la leva militar obligatoria. Para el bandeirante, la *bandeira* significa una especie de suerte personal, muy individual, en busca de tesoros, riqueza, y en algunos casos, fama. Curiosamente, “residentes de Buenos Aires se involucraron en malocas o expediciones de captura de indios para esclavizarlos y solventar su crónica falta de mano de obra”²⁵ (Guy; Sheridan 92), con lo que podemos crear un vínculo más entre ambas zonas geográficas, aunque continúa Slatta: “Estas expediciones esclavizadoras no fueron a tan gran escala como las de los bandeirantes de Sao Paulo, Brasil”²⁶ (Guy; Sheridan 92). También, las *montoneras*, o ejércitos de gauchos en las guerras de independencia, por el elemento mestizo en su composición y el uso de técnicas de guerrilla frente a los ejércitos españoles, tienen algunos puntos en común con la *bandeira* compuesta por indios y caboclos. De cualquier manera, el efecto de las acciones de ambos personajes en relación con la creación del estado, les era totalmente ajeno, ya que ambos se movían a un nivel más individual, y en muchas ocasiones como víctimas de ese propio estado que estaban ayudando a formar.

Ambos son “producto de la tierra” en la medida en que son mestizos, de blanco e indio, y en menor medida, de negro. Por su época más tardía en el tiempo, el caso del gaucha parece un poco más homogéneo, ya acriollado, distinguiéndose claramente del indio, al que considera un salvaje; también existían algunos gauchos negros. En el caso de las *bandeiras*, dicha homogeneidad simplemente no existía, puesto que había algunos bandeirantes blancos, aunque gran parte la formaban los caboclos mestizos, e incluso había indios puros y negros. El sertanejo brasileño resultante en el siglo XIX bien podía parecerse racialmente al gaucha argentino.

El caso de la lengua es peculiar, porque el gaucha emplea un español lleno de arcaísmos y barbarismos con algunas voces indígenas, especialmente de topónimos y nombres propios de plantas y animales. El bandeirante emplea la *lingua geral*, el tupí-guaraní, que se utilizaba de forma generalizada en Sao Paulo, y ello denota la fuerte influencia indígena en la zona. La literatura gauchesca de José Hernández y Ricardo Güiraldes nos muestra fielmente como debían hablar los gauchos del XIX. Sin embargo, en el caso de los bandeirantes, su literatura en portugués pasa por un proceso de traducción-invencción poética y poco realista.

Tanto gauchos como bandeirantes gustaban de cantos y payadas a modo de enfrentamientos verbales, como nos muestra la literatura gauchesca del *Martín Fierro* y la historiografía bandeirante

25 Mi traducción del inglés “residents of Buenos Aires engaged in malocas or slave-hunting expeditions to counter their chronic labor shortages”.

26 Mi traducción del inglés “These slaving expeditions did not have the same grand scale as those of bandeirantes from Sao Paulo, Brazil”.

y sertaneja: “Es el comienzo de la lucha, que sólo termina cuando uno de los dos bandos se engarza en una rima difícil y titubea”²⁷ (Cunha 60). También mezclaban supersticiones y creencias de españoles, portugueses e indios, creando un imaginario fantástico que se adaptaba a la tierra y a sus sueños. Por ejemplo, los bandeirantes creían en la leyenda de la Sierra Resplandeciente, en la del Lago Dorado, o en la de la Mano de Oro (Ribeiro 44). Y los gauchos las incluían en sus relatos, como hace el personaje de Segundo Sombra en la novela de Güiraldes.

También en ambos casos, a la desaparición del tipo histórico y social es cuando comienza la creación del mito a través de la literatura y de la historiografía. Como ejemplos de ello tenemos al parnasianista Olavo Bilac escribiendo un poema épico sobre el bandeirante Fernão Dias Pais doscientos años después de la muerte de éste, o a Ricardo Güiraldes escribiendo bondades de los gauchos y omitiendo sus defectos cuando estos ya se habían reconvertido en peones agrícolas. En ambos casos, aunque sendos tipos históricos fueron necesarios para la formación de sus respectivos países, al mismo tiempo sus estilos de vida eran incompatibles con el mundo moderno. Y por distintos motivos se acierta a crear sendos mitos literarios como una forma de recompensar su participación en la construcción del país, pero también como una forma de reafirmarse frente a lo europeo y buscar la esencia de la argentinidad en el caso de los gauchos; y como una forma de crearse un aristocrático pasado sin que provenga exclusivamente de Europa, como sucede con los bandeirantes. En el caso de los gauchos, el proceso de mitificación y de identificación con el mito por parte de los argentinos actuales ha sido exitoso, como vemos en anécdotas como la de escoger a un “Gauchito” como mascota del Mundial de fútbol en Argentina en el año 1978. Pero en el caso de los bandeirantes, dicho éxito lo ha sido sólo a nivel local, en Sao Paulo, de donde provenían los susodichos, ya que como tipo nacional ha quedado establecido el indio –otro mito en sí mismo.

Bibliografía

- Andrade, O. de (1976) *O manifesto antropófago*. En: TELES, Gilberto Mendonça. Vanguarda européia e modernismo brasileiro: apresentação e crítica dos principais manifestos vanguardistas (versión electrónica), Petrópolis: Vozes
- Bilac, O. (2002) *O caçador de esmeraldas*. En Poesias: antologia, Sao Paulo, Martin Claret.
- Borges, J.L. (1989) Ficciones. “*El sur*”. En Obras completas Tomo I. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Buarque de Holanda, S. (2006), *Raízes do Brasil*, Sao Paulo, Companhia das letras.
- Cortesão, J. (1964), *Introdução a história das bandeiras*, vol. I y II, Lisboa, Portugalia.
- Cunha, E. da (1914), *Os Sertões*, Sao Paulo, Ediouro.
- Franco, C. (1940), *Bandeiras e bandeirantes de São Paulo*, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional.
- Gama, B. da (2009), *O Uruguay / A declamação trágica*, Sao Paulo, Martin Claret.
- Güiraldes, R. (1926), *Don Segundo Sombra*, San Antonio de Areco, Proa (versión electrónica).
- Guy, D.J. & Sheridan T.E. (1998), *Contested Ground. Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, Tucson, The University of Arizona Press.
- Hernández, J. (1982), *Martín Fierro*, Madrid, Cátedra.

27 Mi traducción del portugués “É o começo da luta, que só termina quando um dos bandos se engarça numa rima difícil e titubea”.

- Ribeiro, J. (1946), *Folklore dos bandeirantes*, Rio de Janeiro, Jose Olympio Editora.
- Sarmiento, D.F. (1997), *Facundo. Civilización y barbarie*, Madrid, Cátedra.
- Scarone, A. (1922), *El gaucho: monografía sintética (histórico-literaria)*, Montevideo, Renacimiento.
- Slatta, R.W. (1983), *Gauchos and the vanishing frontier*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Souza, R. L. de (2007), “A mitologia bandeirante: construção e sentidos”, *História Social*, Nº 13, 151-171.